



EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DE LA SIERRA DE HUELVA.

Juan Aurelio Pérez Macías
Universidad de Huelva.

Se ha adjetivado, con escaso criterio, la singularidad paisajística de nuestra sierra con su declaración como Parque Natural, cuando todo su acervo patrimonial se encuentra domesticado hasta en sus más recónditos rincones, y forma un complejo palimpsesto en el que se combinan en una interacción perfecta el medio físico y la mano del hombre, que ha ido modelándolo lentamente hasta nuestros días.

No sorprende así que con la imposición de conceptos regeneracionistas como ecología, desarrollo sostenible, etc., el papel que se otorga al patrimonio histórico es el de greca fotográfica o introductoria de esta política de promoción.

Individualidad y diversidad, como corresponde a una zona perteneciente a varias cuencas fluviales y compartimentada por varias formaciones (Sierra de Aroche, Sierra de Aracena, Sierra de Hinojales, etc), ha sido la característica de su historia y de su patrimonio, unas veces barrera y otras paso de contacto con otras comarcas, Extremadura, Alentejo, y Valle del Guadalquivir. Diversidad desde nuestros primeros pobladores conocidos, los responsables de la construcción de los **monumentos megalíticos** en el III milenio a.C., que se extienden por los valles más feraces, los Llanos de Aroche, con la singularidad de sus construcciones, el típico sepulcro de corredor de raíces alentejanas, que cuenta con ejemplares en La Belleza, La Corteganesa, Agapito Soria, Corteganilla, la Pasada del Abad, y los menhires, como los de Monte Chico y la Alcalaboza; la Rivera de Huelva, en la divisoria de las sierras de Aracena e Hinojales, donde predomina el tipo de galería cubierta, bien conocido en la necrópolis de Monte Acosta; el Odiel,



donde además de sepulcros dolménicos, se encuentran en los Azulejos (Santa Ana la Real) los únicos grabados rupestres al aire libre de toda la sierra; y el Tinto, con la necrópolis de Jarrama (Zufre). Los grabados son la primera representación de nuestro paisaje, ya domesticado por el hombre con la tala y la ganadería, bajo el manto protector del Sol y la Luna, nuestros primeros dioses tutelares.

Conocemos más de una treintena de asentamientos de estas poblaciones megalíticas, que responden a un esquema de asentamiento de reducidas dimensiones, abundantes y dispersos por todo el territorio. Hay que hacer notar, no obstante, que el mayor número de asentamientos catalogados se encuentra en la Sierra de Aroche.

Parecido panorama sucede en el período que continua, que se extiende a lo largo del II milenio a.C.. En este momento se impone el rito de enterramiento individual en tumbas de lajas de pizarra (cistas), aunque agrupadas en números variables y en sectores dentro de las necrópolis, lo que se ha interpretado como un signo de pervivencia de la inhumación colectiva dolménica, trasunto ambas formas de enterramiento de organizaciones sociales con fuerte peso de formaciones clánicas. Estas **necrópolis de cistas** son particularmente abundantes en la Sierra de Aracena, especialmente en la Rivera de Huelva, donde se encuentran la mayor parte de las necrópolis conocidas y excavadas, mientras en otros ámbitos provinciales este tipo de enterramiento fue más testimonial, aunque producto de una misma cultura fuertemente interrelacionada en todo el suroeste peninsular, razón por lo que la conocemos como Bronce del Suroeste por sus peculiaridades geográficas frente a otras zonas ibéricas.

Hoy día, tras décadas de investigación, conocemos bien sus lugares de hábitats y sus formas económicas. En este apartado es también la Sierra de Aracena la que aporta mayor información, pues en ella se encuentran extensos poblados fortificados con albares para el ganado, como el Castillo de la Papua (Zufre), Castillo de Algaba (Valdelarco), y Sierra de la Madrona (Encinasola), algunos poblados en terrazas, como la Sierra de la Concha (Encinasola) y Trastejón (Zufre), y algunos pequeños poblados estacionales, como Berrueco (Cortegana), Santa Bárbara (Higuera de la Sierra), etc.



Los patrones de asentamiento y las formas de hábitat traducen un importante papel de la ganadería y un interés creciente por la explotación de los recursos mineros, con buenos ejemplos en algunas minas filonianas de Encinasola (Pico Centeno) y Cala (Dolores y Sultana).

Paralelamente, a lo largo de III y II milenio a.C., una parte de estas poblaciones vive en cuevas, como las conocidas en la Peña de Arias Montano (Alájar), la Cueva de la Mora (Jabugo), donde el poblamiento arranca de una fase neolítica del IV milenio a.C., y la Cueva de la Mora de la Umbría (Aracena).

Toda esta forma de hábitat cristalizaría a fines del II milenio a.C. en la concentración de la población en grandes poblados, en lugares cercanos a los recursos que han ido adquiriendo importancia a lo largo de la **Edad del Bronce**, la ganadería y la producción de metales. Este es el caso de los poblados de San Cristobal (Almonaster la Real), Sierra de la Lapa (Encinasola), y las Peñas (Aroche), que se mantienen como lugares de hábitat mientras esos recursos, el ganado y el cobre, mantuvieron su poder, y serán des poblados cuando el mayor peso de las relaciones comerciales y la explotación de los minerales de plata trasladan este foco de poblamiento al Andévalo y la Tierra Llana de Huelva. A partir de este momento, en el siglo VIII a.C., los niveles demográficos son débiles, circunscritos a pequeños poblados en lugares estratégicos, como la Sierra Menjuana (Cumbres Mayores).

Esta pérdida de protagonismo de la Sierra de Huelva en la primera mitad del I milenio a.C., es la causa directa de uno de los fenómenos que en mayor medida van a incidir en la definición de esta comarca. Este des poblamiento ocasiona y favorece el establecimiento de **poblaciones célticas** procedentes de la Meseta, que imponen un nuevo ritmo económico en el paisaje, en el que la ganadería se ve complementada cada vez más por la práctica cerealística. Los duros suelos paleozoicos pudieron ser roturados gracias a la metalurgia del hierro y el arado, toda una revolución que se deja ver en el sistema de poblamiento, con poblados en zonas aptas para la agricultura de secano, como los Llanos de Aroche, donde se recupera el antiguo tono demográfico en poblados fortificados (castros), como la Pasa-



da del Abad (Rosal de la Frontera), Solana del Torrejón (Aroche), y San Sixto (Encinasola). Por su peculiar estado de conservación destaca el poblado de Castañuelo (Aracena), que debido al abandono súbito de sus pobladores conserva íntegro su ajuar doméstico. Dos de estos poblados, el Castillo de las Peñas y Castillo de Maribarba en Aroche serán el germen de dos ciudades de las que conocemos su nombre por los escritores romanos y griegos del siglo I d.C., los *oppida* de *Arucci* y *Turobriga*, que debieron ser los dos enclaves más importantes de la época. Las Peñas de Aroche es, sin ninguna duda, la zona arqueológica más importante de toda la sierra, con dólmenes, menhires, necrópolis de la Edad del Hierro, campos de piedras hincadas para impedir el acceso a la caballería, necrópolis tardorromanas, y despoblados califales.

Estas poblaciones de célticos, emparentados con los lusitanos y celtíberos, supusieron un freno a la conquista romana, que tan fácilmente había ocupado el Guadalquivir. Participaron activamente como aliados en la insurgencia lusitana de Viriato, y aprovecharon cualquier intento de rebelión contra la política estipendiaria de los pretores y proconsules romanos, aún a pesar de que su territorio había sido incluido ya en la provincia romana de *Hispania Ulterior*.

Un hecho clave para la **romanización** de estas poblaciones fue la rebelión de Q. Sertorio en Hispania, que buscó la alianza de los hispanos para hacer frente al Senado de Roma. La *Baeturia Celtica*, como ya se conocía a esta zona, fue una pieza clave de estas guerras sociales entre romanos por sus importantes minas de cobre y plata, y ambos partidos, el popular de Sertorio y el de los *optimates*, representado por Q. Cecilio Metelo, pugnar por hacerse con la región. Tras la derrota final de Sertorio, toda la zona debió quedar incorporada definitivamente al dominio de Roma. Muchos poblados hubieron de abandonarse entonces por imposición de la política de traslados forzosos de poblaciones, con la que Roma evitaba penalidades pasadas al asentarlas en lugares de más rápido control.

Pero la participación de los beturios en las luchas entre romanos y su preferencia por los populares, respetuosa con sus formas de vida, continuaría en el enfrentamiento entre cesarianos y pompeyanos. Las ricas oligar-



quias del Guadalquivir (Córdoba, Sevilla, etc) apoyaban al bando pompeyano, y César encontraría sus mejores clientelas entre beturios y lusitanos, a los que al finalizar la contienda favorecería con privilegios, la ciudadanía, las inmunidades en el pago de impuestos, repartos de tierras, derecho a constituirse en municipios, etc. Por su temprana muerte, la mayor parte de estos privilegios llegarían de manos de su hijo político, Octaviano, que más tarde accedería al principado con el título de *Augustus*.

Inmersa ya en el sistema romano, la Sierra de Huelva vería llegar a numerosos inmigrantes a ocupar las tierras repartidas (lusitanos, galaicos, etc), y ricas familias de recio abolengo latino para la explotación de sus recursos agrícolas y mineros.

El centro de poder de la economía romana fueron las nuevas ciudades surgidas de los traslados de poblaciones, aunque conservaban el nombre de antiguos castros prerromanos, como *Arucci* y *Turobriga*. A su monumentalización en el siglo I d.C. contribuirían las oligarquías locales, que con estos rasgos de evergetismo mostraban su fuerza política dentro de las comunidades.

El mejor ejemplo de estas novedades lo encontramos en la ciudad de *Turobriga* (San Mamés, Aroche), donde se llevó a cabo un programa de monumentalización propio de las ciudades romanas, acueductos, cisternas, lugares de reunión, y recintos de culto imperial a lo largo del siglo I d.C. Al mismo tiempo, su territorio se salpicó de *uillae rusticae* y *metalla* (minas), que ofrecían a estas poblaciones los medios de promoción económica que más tarde manifestarían en sus donaciones a la ciudad (templos, estatuas, banquetes, etc). A diferencia de los núcleos de época prerromana, estos municipios fueron los centros sobre los que gravitó la economía, el ascenso social y la vida religiosa de la extensa población rural que se repartía por todo el territorio.

Si bien no se han documentado otros municipios que los *Arucci* y *Turobriga*, si fue general la expansión del fenómeno de la villa rustica, que aparece en extenso en todos los términos municipales, con un reparto regular de la tierra, sin los grandes latifundios característicos de otras zonas.



Allí donde no hubo municipios la vida ciudadana giró en torno a aldeas (*vici*), como los poblados de la Ermita de Santa Eulalia (Almonaster la Real), centro administrativo de las minas de los alrededores (San Platón, Concepción, Cueva de la Mora, Aguas Teñidas, Esperanza, y Angostura), el de las minas de Cala y el de la Ermita de las Virtudes (La Nava). Los arrendatarios de estos pozos mineros mostraron su munificencia en la construcción de grandes mausoleos, como el sepulcro turriforme que forma el ábise de la Ermita de Santa Eulalia. Las oligarquías agropecuarias mostraron también el mismo interés, como se deja ver en el sepulcro turriforme de Fuenteseca (Aroche) y el mausoleo oikomorfo de la Mazmorra (Aroche).

No faltaron tampoco pequeños asentamientos dedicados a la cantería del granito, el material más utilizado en las construcciones romanas de la zona, abundantes en los términos municipales de Almonaster y Aracena.

Para garantizar la seguridad en la producción minera se construyeron también algunas *turres* y *castella* de vigilancia, desde donde pequeños destacamentos (*vexillationes*) podían hacer frente a los salteadores. En Encinasola son conocidas las torres del Cerro de la Cebada y Fraga del Moro, en Aroche la de Picureña, y en Almonaster la Real los castillos de Pico Teja y Sierra de los Colmenares. Fue también imprescindible afianzar el sistema de comunicaciones, el trazado de vías y el alzado de puentes. Uno de estos, el Puente Viejo del Odiel, todavía conserva los cimientos de sillares y fisonomía en forma de lomo de asno de su primitiva fábrica romana.

Cuando a mediados del siglo II d.C. este entramado económico de explotación agrícola y producción minera sufrió una profunda crisis, el sistema de poblamiento fue perdiendo peso, y a lo largo del siglo III d.C. sucumbió totalmente, concentrándose la propiedad en algunos latifundios, al tiempo que se abandonó la minería totalmente. Entre estos fundos destaca el de la Urraca (Aracena), que disponía incluso de instalaciones termales según se desprende de algún material constructivo (*tegulae mammatæ*).

Estas poblaciones debieron permanecer en épocas visigoda e islámica, pues los yacimientos musulmanes, como el Llano de la Torre y Las Peñas en Aroche y Bembeje en Santa Olalla del Cala, presentan un fuerte compo-



nente romano-visigodo (mozárabe). Estas **comunidades mozárabes** se habrían cristianizado a lo largo de los siglos IV y V d.C. y a la consolidación del cristianismo corresponden algunos elementos basilicales paleocristianos de la Ermita de San Salvador (Puerto Moral), Encinasola, y Almonaster la Real, y algunas **comunidades monásticas**, como el *monasterium* de Almonaster la Real y el complejo cenobítico de la Peña de Arias Montano (Alájar), con un magnífico *baptisterium* rupestre.

Lo cierto es que estas comunidades mozárabes se vieron envueltas en el siglo X y XI d.C. en los levantamientos regionales contra el poder del central cordobés, y la represión hubo de provocar abandonos forzados de población, como sucedería en el Llano de la Torre de Aroche (*Arusa*), Aracena (*Qatrasana*) y Alájar (*al-hayar/alfajar*). De la islamización de parte de la población el mejor exponente es la Mezquita de *al-Munastir* (Almonaster la Real).

Pero el interés estratégico que esta zona ocupaba para la defensa del Valle del Guadalquivir movió a la fortificación de estos lugares en el siglo XII, cuando comenzó la presión castellano-leonesa sobre las tierras del Sur. Se repoblaron en estos momentos antiguos poblados mozárabes, y se construyeron los castillos de Aroche, Almonaster, Aracena, y Zufre. Pero el escaso poblamiento originó su rápida conquista por la Orden del Hospital y la monarquía portuguesa en la primera mitad del siglo XIII, hasta que reclamada la frontera hispano-portuguesa en la línea del Guadiana por Alfonso X, pasan definitivamente a manos castellanas tras los acuerdos de Badajoz en 1267.

Incluida en la tierra realenga del alfoz de Sevilla y en el señorío del Arzobispado de Sevilla, los conflictos anteriores con Portugal hicieron comprender bien la necesidad de su protección con la defensa estática de **castillos**, y se fue formando a lo largo de la segunda mitad del siglo XIII en estos lugares repoblados con gallegos y leoneses la **Banda Gallega**, el conjunto de los castillos de Aroche, Encinasola, Torres, Cortegana, Aracena, Cumbres Bajas, Cumbres Mayores, Santa Olalla, y Cala. Estos castillos constituyen una parte sustanciosa de nuestro patrimonio medieval, al que hay que sumar las olvidadas **torres-atalayas** de la Contienda, Valle de la Torre,



Torrequemada, Torrellano, Torrecilla y la Atalaya. Muchos de estos baluartes sufrirían importantes destrozos a lo largo de los siglos XIV y XV en las luchas con Portugal, y algunos, como el de Cortegana, hubieron de ser restaurados casi de nueva planta. A lo largo del siglo XVI representan ya una forma anticuada de fortificación ante el incremento del uso de la artillería. Este es el momento en el que se construyen nuevas **fortalezas** siguiendo las novedades de la ingeniería militar italiana, bien patente en los **fuertes** de San Felipe y San Juan de Encinasola y las murallas de Aroche, con baterías artilladas de trazos estrellados, que mostrarían su eficacia en la Guerra de Secesión de Portugal.

